

EL ARTISTA ROCOCÓ

*Por Victoria Lescano
Mondo Fashion, Las 12, Página 12.
Viernes, 10 de abril de 2009.*

¡Faltan los puños!, exclama Blanca, la madre de Sergio De Loof, figura omnipresente en sus desfiles, realizados desde tiempos en que cortaba la calle México, en las inmediaciones del Bar Bolivia, para sacar a relucir sus atuendos rococó hechos con papeles dorados a la hoja, rescates del Ejército de Salvación y recortes de revistas de moda y harapos.

El documental de Miguel Mitlag, *Una historia del Trash Rococó*, toma su título de una enunciación del diseñador acerca de su estilo y refleja el universo De Loof, temporadas 1997 y 1998. Mitlag, que por entonces era estudiante de cine en la FUC (Fundación Universidad del Cine), es un referente de la generación de artistas de mediados de 2000 agrupados en la última Beca Kuitca. Logró estrenar el film a diez años de su realización. Recuerdo haber escuchado a De Loof decir: “Hay unos chicos que me siguen con cámaras por todos lados, me filman todo el tiempo. No sé qué van a hacer”.

El perfil se extiende a una casa PH de Remedios de Escalada –adonde vestido con remera celeste al tono de la carpintería metálica y voz de galán de antaño da la bienvenida a las cámaras– y una puesta en página del mapa de sus lugares de rigor –de la primera redacción de la revista Wipe en la calle Tucumán al bar la Giralda–. “Nunca paso de Pacífico ni voy a zona norte”, dirá De Loof. Hay un tono infantil, idealista, pero también mandón aplicado a situaciones desopilantes: “Te puse de jurado sin preguntarte y tenés que venir a votar un día de septiembre en el concurso, todavía no sé ni cuál será el premio ni el lugar”, dice el retratado a alguien al teléfono, vestido de dandy y también de jardinero, cual si estuviera convocando a una gran gala benéfica que va a cambiar el curso del mundo. La gala en cuestión era un concurso de ikebana.

El film pone énfasis en la importancia de sus pizarrones o papeles escritos con tinta china –algunos fueron tema de la primera o segunda muestra de la galería Belleza y Felicidad (y en 2002 llegaron al libro Panadería y Confitería La Moderna). También hace lugar para enunciaciones sobre el Café París, un bistró cheap and chic, cuya carta se inspiró en los postulados de la Revolución Francesa. Interrogado acerca de la moda, De Loof habla de su gusto por la Provence, la naturaleza, la influencia de los impresionistas, las variedades de verde y la etiqueta de cigarrillos 43/70, que serían disparadores de una colección llamada “Laguna”, con la cual anhelaba lanzar una marca, cerrar su partido de diseño y, por sobre todas las cosas, coser por vez primera un logo con la S devenida del signo pesos. La cámara y los protagonistas se deslizan a Miramar, la Ciudad de los Niños, un sitio que es para De Loof lo que Deauville o Biarritz fueron para creadoras como Chanel o Vionnet. Si bien él no hacía ropa para sus clientas ricas en la playa –aunque existió un proyecto llamado “Modisto a domicilio” con bocetos ideados por el genial pintor Nahuel Vecino–, para Sergio es su lugar de descanso elegante.

Si bien buena parte de la trama gira alrededor de la neurótica relación con el dinero que tiene todo artista sin marchand, es conocido que la riqueza de su obra está en la pobreza y la escasez de recursos, un tema muy en boga con el recesionalismo actual.

El film de Mitlag esboza un perfil nada nostálgico y usa recursos narrativos, bellos, austeros y modernos en su lenguaje: de la secuencia de diapos que se proyectan en la remera color cielo del protagonista, que exhibe a Sir James en el club El Dorado, a un modelo del club Caniche, escenas de trabajo junto a Beto Botta en el club Ave Porco, registros de tipografías de la ciudad, la estética de los suburbios y culmina con una hoguera con kerosene en un jardín hecha con tal ímpetu que pareciera que el fuego sale de la pantalla y nos quema o que el artista rococó está a punto de inmolarsse, fogata campestre mediante y luego de hacer tocados con un plumero.

THE ROCOCO ARTIST

Victoria Lescano

Mondo Fashion, Las 12, Página 12 Newspaper, Buenos Aires, Argentina.

Friday, april 10th, 2009.

"The cuffs are missing!" shouts Blanca, mother of Sergio de Loof and omnipresent figure at his fashion shows, once held on México Street, near Bar Bolivia, where he would take out and flaunt his Rococo get-ups made from gold-leaf paper, items found at the Salvation Army thrift shop, cut-outs from fashion magazines and rags.

The title of Miguel Mitlag's documentary, *A Story of Trash Rococo*, comes from the designer's own words about his style, and they duly reflect De Loof's universe in the 1997 and 1998 seasons. Mitlag, then a film student at the Fundación Universidad del Cine, is a widely recognized artist from the mid-2000 generation clustered around the last edition of the Beca Kuitca. Ten years after having made it, Mitlag was finally able to premiere the film. I remember having heard De Loof say, "There are some kids with cameras following me everywhere. They film me all the time. I don't know what to do."

This portrait of De Loof also takes the camera to a house on Remedios de Escalada Street where, wearing a light blue t-shirt to match the metalwork and speaking in the voice of teen idol of yesteryear, he welcomes the cameras. It includes a map of his favorite places, from the first office of the magazine *Wipe* on Tucumán Street to the Giralda cafe. "I never go beyond Pacífico or to the northern suburbs," De Loof says. In ludicrous situations, his tone is childlike, idealist, but also bossy: "I named you a member of the jury without asking and you have to come vote one day in September, I still don't know what the prize will be or where it will be given," says De Loof – somehow dressed as both a dandy and gardener– to someone on the phone, as if he were organizing a grand benefit gala that would change the course of history. The gala in question was the *ikebana* competition.

The film emphasizes the importance of De Loof's blackboards and papers with writing in Indian ink, some of which were in the first and second shows at the *Belleza y Felicidad Gallery* (and, in 2002, in the book *Panadería y Confitería La Moderna*). The film also includes statements about Café París, a cheap and chic bistro whose menu was inspired on the postulates of the French Revolution. When asked about fashion, De Loof speaks of his taste for Provence, nature, the Impressionists, the different shades of green and the 43/70 cigarette label which would trigger a collection called "Laguna" with which he hoped to launch a brand, finish up his work in design and, mostly, sew a logo featuring the S used in the money sign for the first time. The camera and protagonists go to Miramar, Ciudad de los Niños – a place that, for De Loof, is what Deauville or Biarritz were for creators like Chanel and Vionnet. Although he does not make clothes for the rich at the beach –though there was once a project called "House-Call Dressmaker," with sketches by the painter Nahuel Vecino–, it is Sergio's a place of elegant rest.

If a good deal of the film revolves around the neurotic relationship with money that typifies an artist without a dealer, it is common knowledge that the wealth of De Loof's work lies in its poverty and scarcity of resources, a very hot topic given the current recession.

The portrait drawn by Mitlag's film is in no way nostalgic. Its language and narrative resources are beautiful, austere and modern in the series of slides projected onto the protagonist's light blue t-shirt showing Sir James at El Dorado club; a model at the Club Caniche; scenes of work with Beto Botta in the Club Ave Porco; registers of the city's typographies; the aesthetic of the suburbs. The culminating scene shows a kerosene-fed bonfire in a yard that is filmed with such force that it looks as if the fire were coming off the screen, burning us, the viewers, or as if the Rococo artist himself were about to immolate amidst a campfire after making hair-styles with a feather duster.